

VARIETE

30
céntimos



DÍAZ-ANTÓN.

Rc027-

—¿Aceptarían en esta casa mis servicios como institutriz?
—¡Con mucho gusto señorita!...
—¿Y cuántos niños hay?
—Pues... ¡Yo solo!



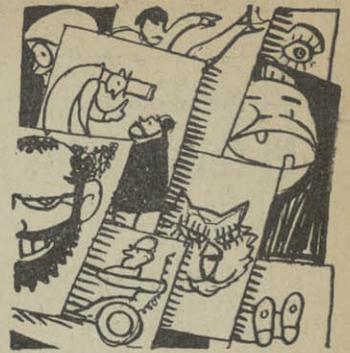
CINEMATÓGRAFO

Una escena de la divertida película de la Fox titulada: "Rico pero honrado".

Fot. Foxfilm, S. A. E.



Varieté



REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12

APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados a 30 céntimos ejemplar

Ordenanza de Varieté, D. Canuto

Año I

Madrid 17 de Diciembre de 1927

Número 3

Modelos de gacetillas y anuncios

Para aquellas Empresas que cultivan lo poco que resta de pornográfico refugiado en el teatro, único aspecto de la pornografía que parece ser que va por bien camino de vida; para esas Empresas voy a redactar y a ofrecer gratis, para su reproducción en diarios, carteleras, bandas y cuantos medios de propaganda emplean dichas Empresas para encerrar al público en algunos teatros. Por ejemplo:

"TEATRO CELESTINA

El coliseo concurrido por lo mejor de lo mejor. ¡Éxito descomunal! ¡Espectáculo sensual y escalofriante!

¡Éxito de MUSLO TENÍAMOS CALLADO, la revista más alegre que se ha abatanado en los cuatro últimos siglos! ¡Vaya cantables aguindillados! Se repite todas las noches.

También es recomendable la redacción de este anuncio, que pone en ridículo a todos los músicos populares, pues se ve el engaño de los anuncios de las otras Empresas:

"¡Alto aquí! ¡Si da usted un paso más sin enterarse de este anuncio, es usted un carabao!

¡Éxito de la revista mustera HUELGA DE HORIZONTALES!

¡El único éxito verdad del maestro Vidrieras!

¡Acudan al teatro Celestina!

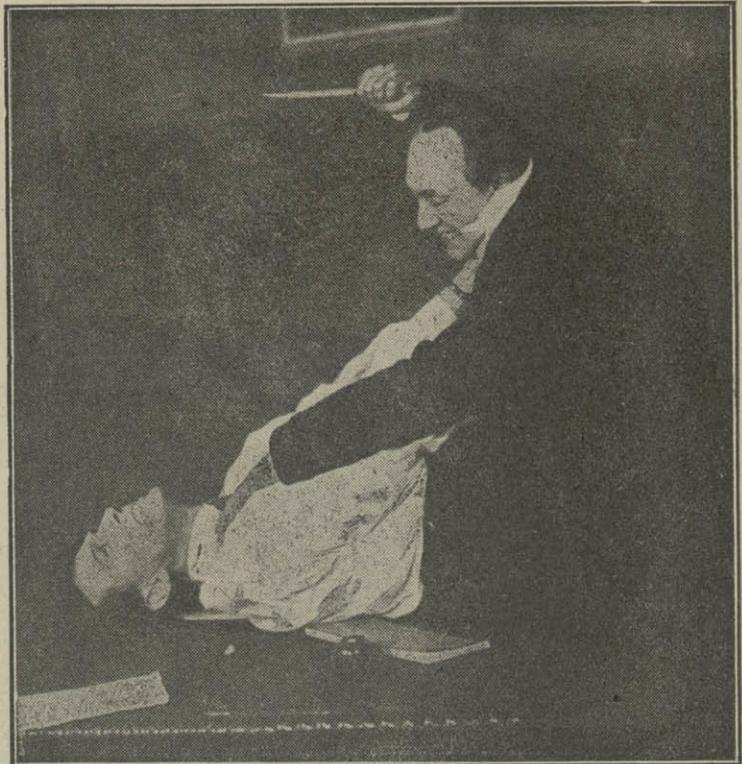
TELÓN CORTO.

PRONTO

Las nenas de Picó. Estupendas postales a todo color.

Las más guapas mujeres del Universo.

Ultima hora.-Un crimen por una futesa



Luis Esteso, el popularísimo caricato de justa fama, mata por una pipa al empresario del "Teatro del Embajador Evaristo".

La falta de tiempo no nos permite dar más que esta fotografía obtenida media hora antes de cometido el crimen y que nos ha sido cedida galantemente por un redactor del *Miroir des canuts des majuelles*. Apenas si hemos cruzado la palabra con el gran Esteso mientras se lavaba las enrojecidas manos y le decía a los impacientes guardias que había matado por defender la razón, y que no tuvieran prisa porque él no pensaba sofocarse.

En este mes se pondrá a la venta el ALMANAQUE DE LA ALEGRÍA (de la Biblioteca Artrakán), por Demetrio, Picó, Mihura, Diaz-Antón, Moliné, Belorcio, Prado, Luengo y otros.

¡Sencillamente estupendo, y una peseta nada más!

Por el ojo de la cerradura

El temor a los serios

Un semanario acreditado publica una curiosa información que se refiere a "Ramper", el popular excéntrico.

El periodista que la firma nos describe cómo se pinta el rostro el formidable bufo, los "trucos" que proyecta, cómo vive, su afición al estudio; los rasgos más salientes de su psicología...

Y, aprendemos que "Ramper"—la encarnación cabal de lo jocun-

do—, es más serio que un ajo, poco dado a la broma y hasta un poco misántropo desde su nacimiento.

En realidad no es nuevo el caso. La literatura está llena de ejemplos parecidos. El "clown" que llora mientras hace reír, que sufre mientras hace gozar, ha inspirado novelas, cuentos, dramas y comedias. El contraste entre su vida de "Fulano de Tal" y su actuación como payaso, es de emoción segura a poco que se acierte al hacerla patente.

"El hombre que recibe las bofetadas" tiene fuerza de tópico e inspira a todo al que toma la pluma para ganarse unas pesetas con su prosa o sus versos.

A nosotros, del otro lado ya de las fronteras—viejos para poetas y gastados para la sensibilidad a flor de piel—, el retrato de "Ramper", filósofo, no nos invita al comentario. Es un ente vulgar. Lo corriente y moliente. A no ser como es le encontraríamos el caso excepcional del hombre que responde a su apariencia; del que es, en suma, como aparenta ser...

Pero al conjuro del retrato de "Ramper" que traza el periodista, vienen a nuestra mente otros tipos curiosos de traza semejante que no han merecido, todavía, el honor de una mala "interview", y que son igualmente ameritados...

"Ramper" es el hombre formal que se goza en no serlo por una vez al día y con motivo justo: el de encender la lumbre para que hiervan los garbanzos...

Los que tengo presentes a esta hora son aquellos en que el alma de excéntrico se oculta tras muy grave apariencia de la que no prescindir ni de día ni de noche, ni por fas, ni por nefas...

La caracterización de estos sujetos es de lo más difícil. Sin pinturas, sin apelar a peluquines, sin ponerse otros trajes que los de uso corriente, con sólo el grave gesto y el ampuloso hablar, circulan por la pista del mundo haciendo tonterías que se reputan sabias enseñanzas...

A uno conocí yo, gordillo y barbudo que usaba largos levitones y sombrero de media copa y le tuve durante largos meses por Notario o por jefe de Negociado en alguna oficina del Catastro. Se aposentaba en el Café Colonial a prima tarde, sin otra compañía que un perrito de lanas y buen golpe de diarios de la extrema derecha, y sus solas palabras eran para pedir un té que iba sorbiendo lentamente...

Hasta que cierto día, otro de su mismo pelaje, también ventripotente y obispal, le susurró al oído—susurro de órgano catedralicio en las naves vacías—, un: —"¿Me invitarás, Pastora?..." que fué todo un poema...

De entonces, soy escéptico, que me río de los serios y me echo a sollozar con los tolilis.

Pero... ¿qué estoy diciendo?... ¿Qué seriedad me invade?... ¿A dónde vamos a parar?... "¡Ramper!..." ¡He aquí el modelo!... Y el que dijere lo contrario, miente...

Leopoldo Bejarano.



—¿Es aquí en donde se arregla la cabeza la señora de Escupiderilla?

—Aquí es, en efecto, señorita. Pero ya hace siete días que no viene.

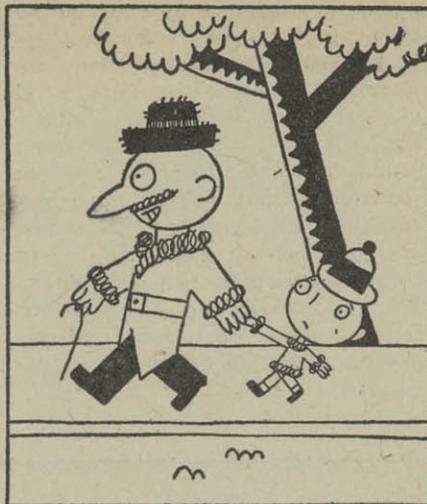
—Pues no puede tardar, porque se ha descalabrado ayer en un choque de automóviles

Dib. de Picó.

UN PASEO, por Mihura



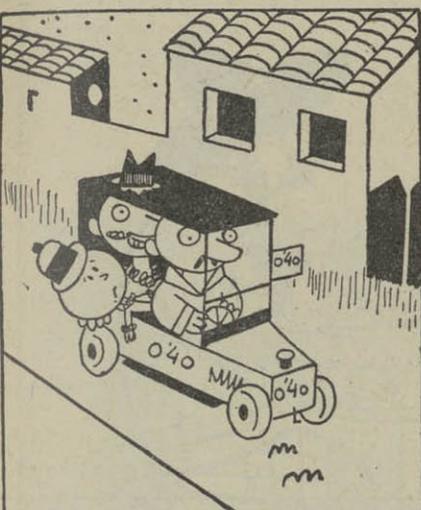
—En vista de que hoy has sido bueno y no has pegado a tu hermanito, te llevaré a dar un paseo.



—Primero iremos a los Cuatro Caminos andando para que te de el aire.



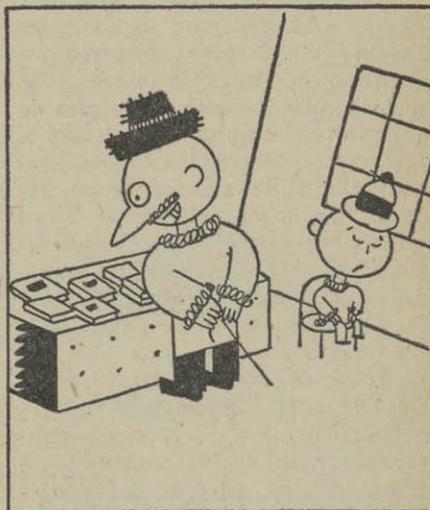
—Ahora entraremos aquí para que veas un partido de fútbol.



—Ahora un taxi de cuarenta nos llevará al café...



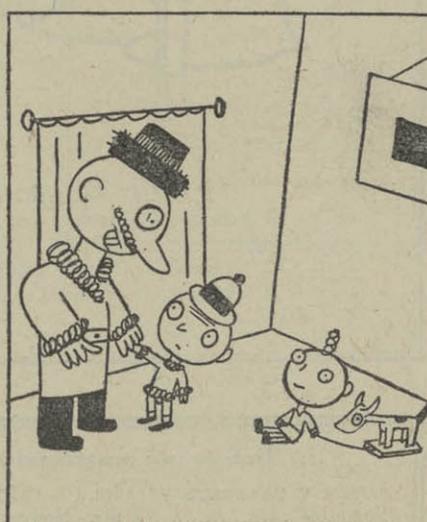
—Y estarás un rato en la tertulia de mis amigos.



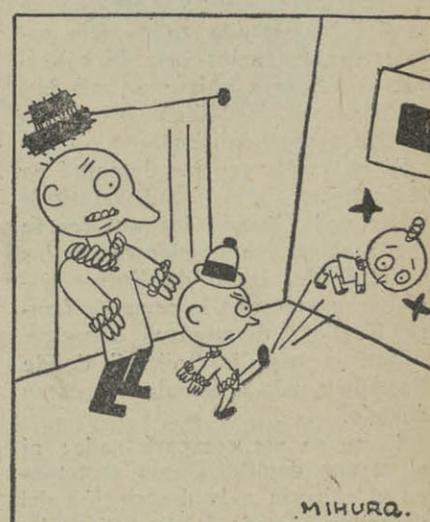
—Ahora espera ahí un poquito hasta que yo compre unos libros...



—Y los llevarás tú a casa como si fueses un hombrecito.



—Y ya lo sabes, siempre que seas bueno y no pegues a tu hermanito daremos un paseo igual...



i...!

MIHURA.

LOS AUTORES EN CALZONCILLOS

Ser grande hombre está sujeto a toda suerte de complicaciones, partiendo del "sablazo" vulgar y aterrizando en la interviú. Todo ciudadano es dueño de su albedrío, a excepción del grande hombre. El último de los reporteros puede apoderarse de todo grande hombre, con la misma irresponsable tranquilidad que puede apoderarse de un palillo en cualquier "bar".

Necesito decir todo esto para justificarme.

Porque yo he leído lo que hace Serafín Adame con los autores "antes" del estreno; conozco las impresiones, llenas de interés y de audacia, que Gerardo Ribas saca de los autores "durante" el estreno. Y las bravas declaraciones que Juanito Olmedilla arranca a los genios "después" del parto. Y yo quiero "cargarme" a estos tres estimadísimos y admiradísimos camaradas, refiriendo desde "Varieté" las complicaciones de un autor desde que abre los ojos a la luz del día, en cuya noche ofrecerá su obra a la sanción popular.

Quiero contar sus primeros pensamientos, sus incidentes, sus compromisos, sus miedos, sus vacilaciones. Tengo que situarme junto a su lecho antes de que abra los ojos. Es un sacrificio que brindo a los lectores de "Varieté". Y le realizaré agotando todos mis esfuerzos, los cuales han de culminar cuando sea objeto de mis impresiones Pilar Millán Astray, la sainetera aplaudidísima.

Y no creáis que me detendré en los autores. ¡No y mil veintitrés veces no! Cuando los autores se me acaben, me apoderaré de los artistas. Del lecho de Emilio Saggi-Barba, saltaré a la cama de Laura Pinillos; de aquí al catre de Moncayo o a la "piltra" donde Bretaña acude a dormir de vez en cuando.

Y no se me escapará nada: ni el menor detalle. Desde el punto en el calcetín a la descripción del desayuno. Desde la llamada telefónica a la incoherencia emocional. Lo contaré todo. Me gusta dar la cara antes de la lucha y,

por eso publico este exordio. Se avecinan varios estrenos de Pascuas. Arniches, Merino, Antoñito Paso, el maestro Lecuona y el maestro Mira, hacen sus preparativos. Apuntaré sus nombres en sendos papelitos, los echaré en un sombrero y haré que la mano inocente de una vicetiple de Pavón extraiga uno de ellos. Y de ése serán las impresiones que en el próximo número de "Varieté" os referirá, convenientemente ilustradas para que no dudéis de su veracidad.

Y juro que Ribas, Adame y Olmedilla, movidos por la más repugnante de las envidias, se dedicarán a la autofagia.

Y "Varieté" alcanzará una tirada insospechable. Y mis emolumentos ascenderán a fabulosas sumas. Y se me disputarán las mujeres. Y...

No dejen ustedes de comprar el próximo número de "Varieté".

¡Va a ser un número cañón! Palabra.

Francisco Ramos de Castro.



VALOR TEMERARIO, por D. M. G.

El bohemio.—Apetezco una chuleta grande y una ración de judías.

El tasquero.—¿Quedará usted antes las judías?

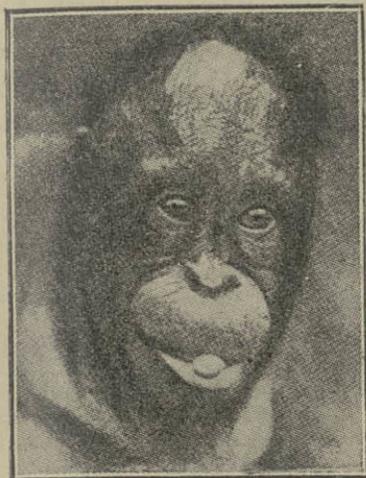
El bohemio (suspirando).—Sí... la chuleta me la va a dar después.

Precio de suscripción de VARIETÉ

ESPAÑA Y MARRUECOS ESPAÑOL	AMÉRICA Y PORTUGAL	EXTRANJERO
Semestre 8 pts.	Semestre 10 pts.	Semestre .. 14 pts.
Año 14 pts.	Año 16 pts.	Año 22 pts.

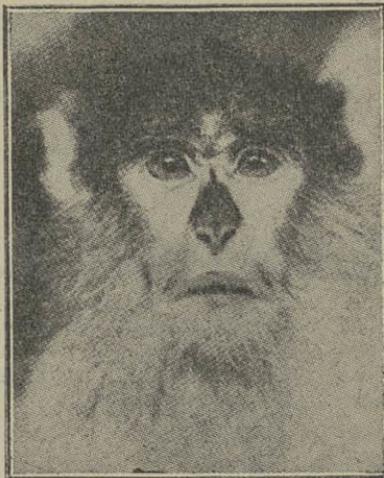
LOS PAGOS SON ADELANTADOS

EL CONFLICTO DE SIMIARIS



ZAPULLARIS

Ministro de Estado que se opone a la subida al trono del príncipe Chapuzaris, porque sabe que el citado príncipe le va a dar dos patás en cuanto empuñe el cetro.



ANAPAPASTRIAS

Presidente del Consejo de Ministros, que se juega dos pesetas con el que sea, a que no reinará en Simiaris el príncipe Chapuzaris, al que odia, porque de pequeño el príncipe, le pisaba los callos.



MINFLATERAS

Ministro de la Guerra de Simiaris, que le ha pedido once duros al príncipe Chapuzaris, por elevarle al trono, añadiéndole, que si no le da los once duros, que se eleve con una grúa.

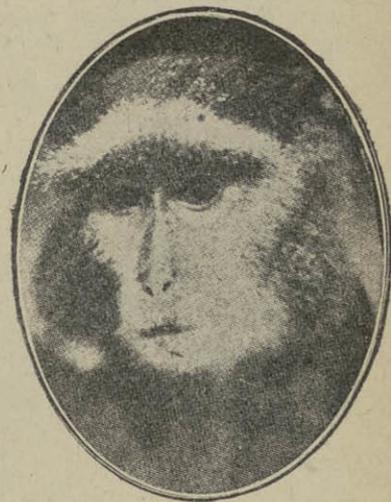


EL PRINCIPE CHAPUZARIS

Que le ha escrito tres continentales al Ministro de la Guerra, Minflateras, para concertar su ayuda en cincuenta pesetas, aunque el Ministro dice que no rebaja nada de los once duros.

FOLLON INMINENTE

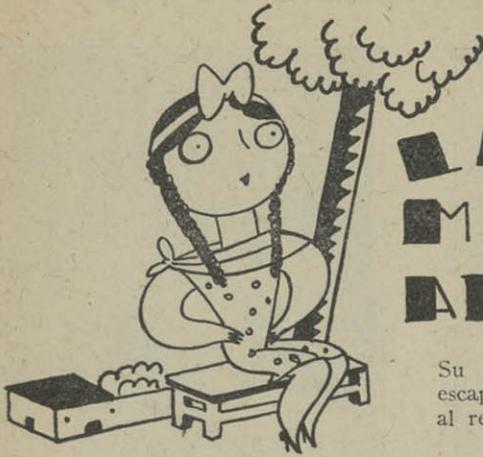
Las luchas políticas de los partidos chupantes de Simiaris, van a levantar una polvareda de tortas, que se va a oscurecer el firmamento. Publicamos los retratos de los principales personajes de este fregado, para los cuales, la paz mundial es un bote del acreditado alimento infantil. Afortunadamente, para cuando se arme el follón, ya se habrá efectuado el desarme de todas las naciones; pero... por si acaso, recomendamos a nuestros lectores que compren navieras a como estén.



LA PRINCESA TAPONARIS

Que ha manifestado a nuestro redactor, que está dispuesta a irse al Paraje (su posesión de Atontalmadis), si es ella el obstáculo que impide subir al trono a su augusto esposo, el príncipe Chapuzaris.

Para revolcarse de risa. Para que el optimismo os acaricie con su sonrisa luminosa (¡Vaya cursilería!). Para contemplar los mejores dibujos de Demetrio y Picó. Para carcajear con Mihura, Diaz-Antón y el jocundo Incórdiez. Para que vuestro hígado se convierta en un ramillete de aielies, comprad el ALMANAQUE DE LA ALEGRIA (de la Biblioteca Astrakán) que se pondrá a la venta en este mes. Una peseta.



VIAJANDO EN PRIMERA

LA MUJER ARGENTINA.

Su sentimentalismo.—Sus tangos.—Sus escapatorias.—Sus amores.—Su vuelta al redil.—El maldito "cabaret".—¡Vaya pericón!

LA PRIMERA HUÍDA.

La obligación contraída de relatarles a los elegantes lectores de VARIETÉ mis impresiones acerca del carácter de las mujeres de diversos países, hizo que me casara con una argentina, morena y sentimental, en un rancho de la provincia de Montevideo.

La mujer argentina es suave y tierna como medio kilo de carne de nonato y yo a Esthercita le quería mucho. Ella me pagaba con la misma moneda



y fuimos dichosos diez y siete días y una hermosa mañana de primavera.

Pero al día diez y ocho, ella fué a Buenos Aires a comprarse un sostén y unas pastillas de clorato, y allí conoció a un compadrito macarra con el que se quedó a vivir.

Yo, entonces, me acordé que la mujer argentina se escapa con bastante frecuencia de su hogar, y como no tenía caballo a quien contarle mis penas, me compré uno, por treinta duros, bastante viejo y algo tuberculoso, pero que me servía divinamente para lo que yo le necesitaba. Esto es, para abrazarme a su cabeza todos los días, de tres a cinco, y decirle, mientras derramaba cuatrocientas cinco lágrimas por minuto:

"¡Se nos ha escapado la china!"
Ahora, que con tantas lágrimas, el

noble penco cogió un reuma articular, que a los tres días tuve que abrir un hoyo en el rancho y enterrarle.

Y en vista de este percance deshice mi hacienda y me fui a vivir a un conventillo de Montevideo donde me compré una guitarra y donde me pasaba catorce horas al día cantando un tango que empezaba así:

"Te fuistes de mi lado china boba... etc... etc..."

Cuando estuve así dos años y tres días subió una comisión de vecinos de la casa a decirme que por mi santa madre hiciere el favor de callarme, porque les había levantado una jaqueca crónica, que les había hecho polvo para toda la vida. Yo les dije que callarme era de todo punto imposible, pues se me había escapado la china con un malevo, y que cuando a un hombre honrado se le escapa la china con un malevo no hay más remedio que pasarse todo el día cantando tangos.

Ellos comprendieron que efectivamente esto era lo razonable, y se callaron tristes y desalentados.

Uno tímidamente, dijo:

—¿Y ha probado usted a llorar abrazado a la cabeza de un noble caballo bayo? Esto también se suele hacer mucho en estos casos, y a nosotros no nos molestará tanto.

—Lo he hecho ya y se me murió, el



caballo a los dos días, de resultados de la humedad.

—¡Caramba, qué contrariedad! ¿Y emborracharse para olvidar? ¿Lo ha hecho usted? Esto también se lleva mucho.

—No. Eso no lo he hecho porque a mí el vino me sienta peor que un traje de levita. Eso lo haré en último caso.

Pero, el que parecía más inteligente, dijo de pronto:

—No obstante, esto puede tener un arreglo Si la china, arrepentida volviese al conventillo, usted no tendría que cantar más tangos. Su compromiso terminaba desde ese momento.

—Sí, es verdad—dije yo—. En ese caso sólo cantaría un bonito estribillo final y cesarían mis monótonas canciones. Es lo indicado en el artículo 112 del Reglamento de H. A. Y. R. B. P. Ch. B. (1).

Y entonces la Comisión de vecinos neurálgicos, muy satisfecha, prometió buscar y traerme a mi china boba.

Yo, seguí cantando tangos mientras tanto.

Y derramando lágrimas...

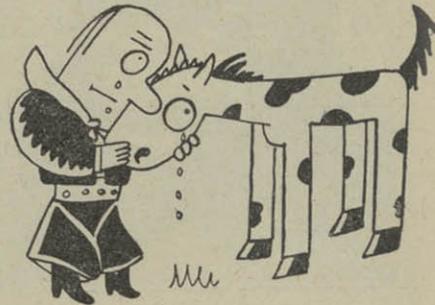
Y tomando mate...

¡Oh, cómo sufrí!...

EN EL MALDITO "CABARET"

Pero los esfuerzos de la Comisión fueron inútiles, como las operaciones quirúrgicas en caso de muerte por asfixia, porque la mujer argentina se había metido de tanguista en un "cabaret", que es donde se suelen meter todas las mujeres argentinas que se escapan con un compadrito buen mozo.

Y entonces yo me fui al "cabaret"



donde ella actuaba a emborracharme con "piper mint".

¡Era mi obligación, caballeros!

Repugnante escena de "cabaret" bonaerense auténtico.

Yo (sentado junto a una mesa y con un gesto asqueroso de escepticismo).— ¡Mozo, traige otra copa!

MARGOT (joven tanguista de Rosario de Santa Fe, acercándose a mi mesa).— ¿Me convidás, che?

Yo (con sonrisa sarcástica).—Bebé lo que querás y contame tu historia.

MARGOT (pidiendo al mozo una chule-

(1) Hombres argentinos y románticos burlados por chinas bobas.

La cartera perdida

Y me dijo aquel hombre: "Yo, señor, fui feliz mientras jugué a la lotería y perdí. Todas mis desgracias, en cambio, comenzaron cuando, porque así lo quisieron los hados, me correspondieron mil quinientas pesetas en un sorteo de Navidad. Hace ya de esto algunos años y, sin embargo, todavía no se ha borrado de mi mente aquel recuerdo. Ni se borrará mientras viva. Jugábamos el número—el 17.892—en la oficina. El día del reparto, ¡qué holgorio se armó en los despachos! Salimos de la oficina ya de noche. Y, a poco, nos despedíamos con grandes abrazos, cada cual camino de sus deseos. Llegué a mi casa. Mi mujer me esperaba—cosa inaudita en ella—con los brazos abiertos. Recibíome sobre su amplio seno, contra el cual reboté dos o tres veces, restregóme la nariz chata contra ambas mejillas y, al fin, soltándome, me dijo:

—¡A verlos!... Se refería—ya lo habrá comprendido usted—a los billetes de banco. ¿A qué otra cosa podía referirse? Hacía ya mucho tiempo que no me pedía que le enseñase nada. Yo, complaciente, me eché mano al bolsillo; pero, de pronto, me puse pálido, me doblé sobre el vientre y hube de sentarme en una silla.

—¿Qué te pasa?—me preguntó mi mujer.

Palpéme ahincadamente por todas partes y salí corriendo sin contestar.

ILUSION Y REALIDAD

Por Enciso



—Señorito; que no deje de ver a la portera, que tiene un *recao* pa usted.

—¡Cto más prisa tiene unás despacio anda!

—Tal vez la rubita de ayer que habrá habido con la portera...

—¡Pues, si acaso me espera la morena del sea, me va a encontrar elegante!...

—¡En fin, sea la que me encuentra hoy otro día, me va a encontrar optimista!...

(La portera).—De modo que es usted el que escupe *tos* los días en la escalera!...

le. La escalera de la casa estaba mal alumbrada. Encendí una, dos tres cerillas, fijos los ojos en los desgastados peldaños. Interrogóme una vecina, de la que no vi más que unas gruesas piernas.

—¿Se le ha caído a usted alguna cosa?

Tampoco le respondí. Me lancé a la calle. Desanduve lo andado poco antes, desparramando la vista a uno y otro lado y, al fin, encontréme de nuevo en la oficina. El ordenanza exclamó al verme:

—¿Usted aquí otra vez?

Registré anhelosamente los cajones de mi mesa, miré por encima las de los compañeros, busqué y rebusqué por todos los rincones y luego, descaecido el aspecto, sin despedirme siquiera del ordenanza, vime de nuevo en medio del arroyo.

Vagué sin rumbo fijo durante un buen rato. Mi cabeza era un volcán; sentía en la garganta una cosa que me ahogaba; el corazón me latía des-

compasadamente en el pecho. De vez en vez, de un modo ajeno a mi voluntad, palpábame reiteradamente los bolsillos. Una extraña picazón, un hormiguillo invencible me recorría todo el cuerpo. De súbito, halleme frente a una ventanilla dentro de la cual, bajo una lámpara eléctrica, reverberaba la calva aplopética de un buen señor. ¿Cómo había llegado hasta allí? Lo ignoro todavía. Era la administración de un periódico.

—¿Qué desea usted?—me dijo el calvo.

—Deseo poner un anuncio—, le contesté con una voz blanca, tímida, que casi no era mía.

—Usted dirá entonces...

—Escriba usted: "Cartera perdida entre Infantas y Génova, por Pelayo, con dinero y documentos. Gratificación espléndida a quien la devuelva. Génova, 32, señor Iriarte."

Pagué el anuncio. Llegué a mi casa como un sonámbulo. Sin cenar, sin fumarme un cigarrillo, me zambullí en la cama. Tengo una leve sospecha de que mi mujer me llamó idiota varias veces. La dejé. ¿Qué iba a hacerle? Después de todo, era la primera vez que me lo llamaba con algún motivo...

Al día siguiente no salí de casa. Estuve toda la mañana esperando por si el anuncio surtía efecto. Al atardecer, mi mujer, que no había dejado de zaherirme durante todo el tiempo, sentóse frente a mí en el comedor. Fingía coser, pero no hacía más que refunfuñar y mirarme con ojos bizcos. El periódico, donde se insertaba mi anuncio, yacía extendido sobre la mesa. Mi mujer saltó de pronto:

—¡Qué! ¿Esperas aún?

—Espero—le contesté sombrío.

—Pues esperarás como hasta ahora, en balde. Ya verás como no consigues nada con el anuncio. ¿Pien-

sas acaso que la gente es tonta?... Ponte tú en el caso de quien se haya encontrado la cartera. Ves luego un anuncio en el periódico. Gratificarán al que devuelva las mil quinientas pesetas. "Bah! Por muchas pesetas que den de gratificación, no llegarán a las mil quinientas. Serán veinticinco, cincuenta, cien pesetas"... Esto resuelves en tu cerebro. Voy a concederte que todavía vaciles un poco. El final, sin embargo, es que te quedas con el hallazgo. Y nada más.

—¡Mujer!—repliqué—. Sería entonces un ladrón. Yo te aseguro...

—No me asegures nada. Conozco de sobra a la gente.

—De manera que la honradez...

—La honradez es un mito.

Sonó en esto el timbre de la puerta. Mi mujer salió. Oí en el recibimiento una voz desconocida, que preguntaba por el señor Iriarte. Me dió un vuelco el corazón. A los pocos segundos, yo y mi mujer, ya en mi despacho, escuchábamos de labios de aquel hombre:

—Vengo con motivo del anuncio...

Nos sentamos los tres. Érase un hombrecillo caribobo, enlutado, de tipo sacristanesco. Tenía los ojos verdosos y la boca sutil. Habló pausadamente con una vocecilla feble. La noche anterior, según nos refería, entre siete y siete y media, como pasara por la calle de Pelayo, hallóse poco antes de llegar a Fernando VI, una cartera.

—La de usted, sin duda, señor Iriarte—afirmó—. Me la guardé en el bolsillo y no la miré hasta que me vi en casa. Debo confesarle que mi primer impulso fué guardármela. Tengo cuatro hijos, gano un sueldo modestísimo y así aquellas pesetas me venían que ni de molde. Sin embargo, señor Iriarte, tras de una enconada lucha, venció mi honradez. A cada uno lo suyo. Aquí tiene us-

ted su cartera intacta, con sus documentos, con sus dos mil pesetas...

Cogí la cartera que me tendía aquel hombre y la examiné. ¡Claro! No era la mía. ¿Cómo iba a ser la mía teniendo dos mil pesetas? Debía pertenecer, sin duda, a otro señor Iriarte, tan perdidoso como yo. Disponíame a devolvérsela, lleno de una decepcionada amargura. Contemplé a mi mujer. Esta, que adivinaba mis propósitos, fulminábame con la mirada. Mientras elogiaba a nuestro visitante de modo ditirámico, no apartaba sus ojos de mí, diciéndome con ellos: "¡Quédate con ella, imbécil! La conciencia para ti es un lujo." Yo sostuve una breve y violenta lucha en mi interior. Pero, al fin, pudo más mi codicia. Guardé, pues, parsimoniosamente la cartera en mi bolsillo. Abrí uno de los cajones de mi mesa y saqué de él un billete de cien pesetas: la gratificación prometida.

El hombre fingió no querer aceptarlo. A mi mujer—cosa maravillosa—, parecióle mezquina la gratificación.

—Dale doscientas pesetas, hombre—intervino muy melosa—. Recuerda que tiene cuatro hijos...

Tras de muchos y nuevos ruegos, tomó el hombre los billetes y se marchó haciéndonos mil cortesés zalemas. Cuando nos vimos solos, yo, un tanto amargado, dije a mi mujer:

—¿Te has convencido ya? ¿Ves cómo aún quedan personas decentes en el mundo?

—Quedan bobos, que no es lo mismo. ¿Viste la cara de infeliz que tenía ese cuitado?...

Otra vez me aherrojé mi mujer entre sus brazos; otra vez me hizo rebotar contra su seno; otra vez me refregó la nariz roma contra mis mejillas... ¡Mi mujer!... ¡Qué cariñosa era en ciertos momentos!...

A la tarde siguiente, tomamos un taxi y fuimos de compras a un almacén. Mi mujer fué pidiendo cosas sin hartarse nunca. ¡Tenía tal hambre de ir de tiendas! Llegó la hora de pagar. Saqué, muy orondo, un billete de los grandes. El dependiente volvió a poco y me dijo:

—Tenga la bondad de esperar un instante, mientras cambian, porque no hay cambio en la caja.

Esperamos. Al cabo de un rato, se me acercó un hombre de aspecto grave.

—Lo siento mucho, caballero—me dijo—. Pero usted y esta señora habrán de acompañarme a la Comisaría.

—¿Cómo?... ¿Qué quiere decir esto?...—exclamé a voces.

—Conviene que no arme usted escándalo, ni se resista, soy policía. El billete que ha dado usted es falso de toda falsedad...

Confusos, anonadados, mi mujer y yo hubimos de resignarnos y acompañarlo ante el comisario... ¡Ah!... ¡Maldita lotería!... ¡El tocarme fué comienzo de todas mis malaventuras!... Sí, señor; de todas... Si tuviera usted tiempo le contaría...

Desgraciadamente, yo no tenía tiempo disponible. Así, pues, aquel hombre no pudo contarme nada más. Ni hacía falta tampoco... ¿Para qué?...

JOSÉ A. LUENGO.



Ella.—¡Pero si ese conejo está guisado!

El.—¡Así le oí decir cuando salía de la madriguera: "¡Me traen frito!"

Dib. de Ver.



De utilidad y recreo



E. Vargas.

LOS SUEÑOS

Signus vulgaris somnarum populo.

(CAYO FLÁCIDO antes de caer con tercianas.)

Para los hombres de ciencia como yo, resulta una biberonada eso del misterioso y poético significado que algunos seres faltos de estudios y faltos de peso, encuentran en los sueños, o sea en esos momentos en que roncamos inconscientes, mientras que la asquerosa materia sigue impertérrita y un poco escarciada su cronométrica función por la noche; esa función que, por regla general, empieza a la una de la madrugada.

En los sueños y, especialmente, en las pesadillas, hay que buscar sus significados en los intestinos del durmiente, más que en supersticiosas creencias indignas de toda persona que haya tomado "helao mantecao" un par de veces. La poesía y la superstición, todo lo pringan y ensombrecen, convirtiendo una descomposición de tripas en un fatal presagio de próxima defunción del sereno de la barriada. El ver en sueños ocho o diez piojos tamaños como alpargatas, dice el vulgo que es nuncio de abundancia monetaria.

Hay quien sueña con que tiene corteza en los pies y no hay tal sueño, es la realidad palpable. Ese individuo se da un hervor en los manchegos y no vuelve a sentir la menor molestia en lo que reposa. Créanme ustedes.

Los reflejos crináceos que imulfitan suprarredales en el fistugo de las membranas (vibraciones del frásigo cervical derecho), no son más ni menos que consecuencias de las altas presiones que ejercen sobre el higadillo y las mollejas las expansiones de los gases que acaban por herir de mala manera a las células cerebrales de la cabeza, ocasionando el fenómeno de las imágenes que se forja el sistema nervioso.

Por ejemplo: Usted para cenar

se hincha de judías del Barco; pues aquella noche sueña usted con un concurso de globos o con el auténtico "simoun" del desierto; según le coga el cuerpo; y no es más que eso; las vibraciones del cucasiano al volatilizar el corúpulo.

Otro ejemplo mollar: Sueña usted que acomete a cuatro sinvergüenzas que le quieren despojar de las tarjetas de visita. Los cuatro sinvergüenzas huyen aterrORIZADOS y... Usted despierta atribuyéndole al sueño la tontería que el vulgo le adjudique, y todo ha sido reflejos del fisantro porque aquella noche se ha dado usted un atracón de criadillas y huevos cocidos (efectos reflejos de la inflación del iliaco sobre los costillares).

Sueña usted que es ese tío que echa llamas por la boca en las pla-

zas y plazuelas que tiene la Villa, y es la material consecuencia de haberse cenado aquella noche así como kilo y medio de bacalao con tomate.

Sueña usted que ha cesado radicalmente su entusiasmo por las señoras y que siente gran complacencia en ponerse "rimel" en las pestañas, en pintarse ojeras, y en cimbrear el talle... Y si al despertar recuerda usted lo que comió aquella noche, caerá en la cuenta de que fué repollo el alimento ingerido. ¡Si no falla!

También las sensaciones externas forjan las visiones de nuestros sueños. Un compañero que yo tuve cuando fuí guardia de la porra, que tenía un precioso hijito de dos años, con el que dormía, me dijo una mañana de agosto, todo preocupado: "Amigo don Canuto. ¿Qué habrá de misterioso en mi porvenir? Llevo cuatro noches que sueño con que soy almirante..." Y es que el pobre hombre se pasaba la noche rodeado de humedad porque su niño se salía.

Don Canuto.

(Nigromante y ordenanza de Varieté.)



—¡Oiga, señora! Mire... ¡A ver si se hacen daño los perritos con mi chistera!



DÍAZ
ANTÓN

DEL LEJANO OESTE, por Díaz-Antón.

Cowboy.—Me parece que se acercan los caballos.

Cowboy.—Sí..., sí... Ya me parece que siento sus pisadas!

Tabiques superrealistas

Al principio creí que aquellas palabras y medias frases que se escuchaban en el silencio de la habitación, eran escupidas por el altavoz del aparato radiotelefónico. Junto al obligado "E. A. J..." no me extrañaba oír un "¡Vamos a empezar!", emitido por una voz que parecía de tiple ligera. En otras ocasiones, una palabra venía a romper el ritmo de una de las poesías del recital; un "sacrificio", por ejemplo, que, al intercalarse en el endecasílabo, alargaba el verso y ponía en ridículo a su autor.

Estas observaciones fueron impresionándome, noche tras noche, hasta culminar en una, crudísima, de invierno.

Había terminado la audición, y me disponía a leer el "Teatro Moderno", de "Azorín", cuando un golpe de aire me trajo al oído derecho estas violentas palabras: "¡Infame!" "¡Cobarde!" "¡Grosero!"

—Es muy extraño—pensé—. Mi cerebro funciona normalmente durante todo el día, hasta que llega

la noche y, ¡plaf!, comienza a flaquear.

Otra vez vinieron a chocar contra mi oído varios adjetivos duros e inquietantes.

Un escalofrío me puso en pie. —No, no estoy loco—grité para desasirme del miedo que comenzaba a paralizar mis nervios—. Mis padres fueron abstemios y murieron sin conocer el superrealismo.

Respiré. Había dejado sentada una conclusión de peso y ella me confortaba. Era preciso desentrañar el misterio de aquella habitación. Pero, ¿cómo? Diez años antes lo hubiera resuelto con bastante facilidad. En aquella época las novelas de "detectives" absorbían toda mi atención. Me hubiera bastado con una pipa y un magnífico monóculo, para dar con todos los misterios del orbe. Hoy, el modernismo o superrealismo me obligaba a proceder de otra manera.

Y así hube de reflexionar: —Huyamos de lo real. En esta habitación se oyen palabras que no sé de dónde llegan, acaso porque no llegan, sino porque están. ¿Desde cuándo? Sin duda, mis antecesores de piso, ella y él, discutieron acaloradamente en esta habitación, y las palabras que se cruzaron entonces, son las que escucho ahora. Es indudable que, al ser expelidas con furia, quedaron pegadas a las paredes, y sólo cuando el aire penetra y las mueve, las hace sonar.

Sonreí satisfechísimo. Para asegurarme totalmente se me había ocurrido una prueba definitiva, abrir el balcón. El aire penetró con violencia. Entonces escuché. Me pareció que las palabras iban y venían, danzando caprichosamente, a voluntad del viento.

Después de largo rato conseguí componer el siguiente diálogo:

- ¡Me iré!...
- ¡... quieras!
- ¡Granuja!...
- ¡No... continuar!... !... con... madre!
- ¡Quieres... sólo!...
- ¡Ah!... ¡Qué bien!...
- ¡... niegues! ¡Tú... una amante!
- ¡... docena!
- ¡Cínico!
- ¡Celosa!
- ¡... azul!

Faltaban muchas palabras. Cerré el balcón, temeroso de que pudieran escaparse algunas más.

Y me acosté.

A la mañana siguiente, escribí una carta a mis antecesores de piso, redactada en estos términos:

"Muy señores míos: Les ruego pasen por esta que fué y sigue siendo su casa, a recoger unas palabras que dejaron olvidadas en una de sus habitaciones."

La contestación no se hizo esperar. Fué la portera quien se encargó de transmitírmela.

—Me han dicho los señores que hubo antes que usted en su cuarto, que debe usted estar loco.

—¿Por qué?—pregunté asombrado.

—Porque dicen—siguió—, que les ha escrito usted una carta muy rara.

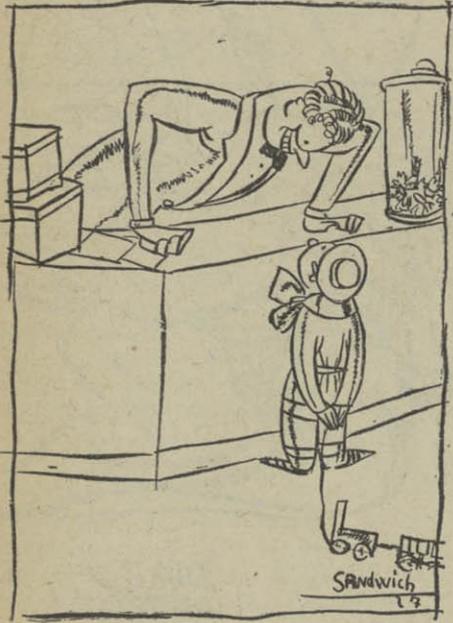
Tuve que explicarla mis descubrimientos. Como es natural, no comprendió ni una palabra. Lo esperaba. No en balde era mujer y portera, todo en una pieza. Ahora, que yo, sin serlo, obsesionado con el superrealismo, tampoco comprendí cuando me dijo:

—Mire. Yo no entiendo de eso, ni sé si ellos regañaban, ni nada.

Y raro es que yo no me enterara. En cambio, ahora, sí sé, y lo sabe toda la casa, que los señores de la derecha del cuarto de usted, se pelean un día sí y otro también. Y hasta dicen que se van a separar, pero que muy pronto.

¡Oh, los tabiques superrealistas de las casas modernas!...

Pablo Torremocha.



—Oiga usted. Me ha dicho mi mamá que me de un kilo de garbanzos de una veinte.

—Mira monín: Dile a tu mamá que no me quedan más que de setenta el kilo.

—¡Uy qué birria!



El niño.—¿Cómo te vas a casar con mi chacha si no tienes con que comer?

El novio de la chacha.—¿Qué no tengo con qué comer? ¡Yo doblo una perra gorda con los dientes!

Dib. de Bellón.

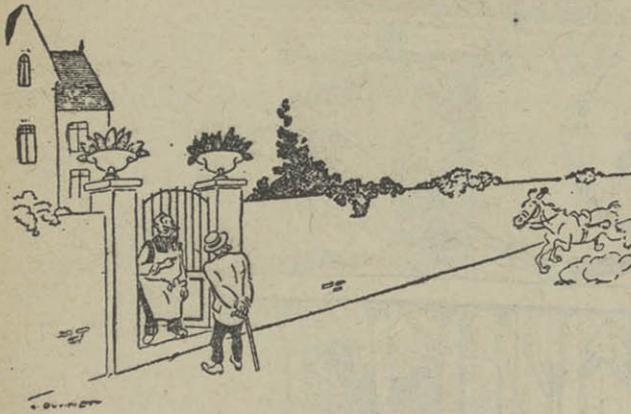


Bellón

ESCENAS DE ACTUALIDAD, por Bellón.
¡Todos de "matanza"!

AGENCIA GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS
 Apartado número 329. **de JOSÉ W. VALBUENA** **MARACAIBO-Venezuela.**
 Representaciones de Casas Editoriales de España y América. Acepta proposiciones de Agencia de las Casas editoras de Revistas y otras publicaciones. Referencias a satisfacción.

Una plana absolutamente robada



—¿El señor barón, está en casa?
—No, señor; pero va a llegar de un momento a otro.
Ahí tiene usted a su caballo.



GENIO Y FIGURA

—Este nieto mío se ha empeñado en venir tarde todas las noches, y en cuanto venga le voy a dar un puntapié!...

Chistes

Cambio de papeles

Todo lo que Mendoza tiene de desaplicado lo tiene, en cambio, de fino y correcto.

Hallándose un día distraído en clase le pregunta de pronto el profesor:

—Vamos a ver, señor Mendoza; dígame qué cosa es hipocondrio. Mendoza queda sorprendido, pero se repone rápidamente y como verdaderamente no sabe qué contestar con acierto a tal pregunta, replica al profesor con la mayor frescura:

—Dispense usted; yo no vengo a explicarle lo que es hipocondrio, sino a que usted me lo explique a mí.



—Le digo a usted que vengo para darle de puntapiés.

—Lo siento mucho; pero el señor sólo recibe los sábados.

Frutos de la enseñanza

Había un maestro de escuela que siempre estaba inventando procedi- el Cerdo de la siguiente manera original:



—¡Papá, papá; Guillermin está jugando con tu escopeta!...

mientos para hacer más agradable y asequible a sus discípulos la enseñanza y aficionarlos al estudio.

Una vez se le ocurrió enseñarles

A cada chico le enseñó una frase, y diciendo cada uno la suya componían la oración.

Uno decía: "Creo en Dios Padre Todopoderoso"; y el siguiente añadía: "Y en Jesucristo, su único hijo", y así sucesivamente. A poco de estar practicando este ejercicio visitó el centro docente uno de los inspectores regionales, a quien se pensaba sorprender con aquella novdad.

Pero antes se entretuvo el ins-

pector en hacer varias preguntas a los muchachos, para juzgar el grado de instrucción que alcanzaban.

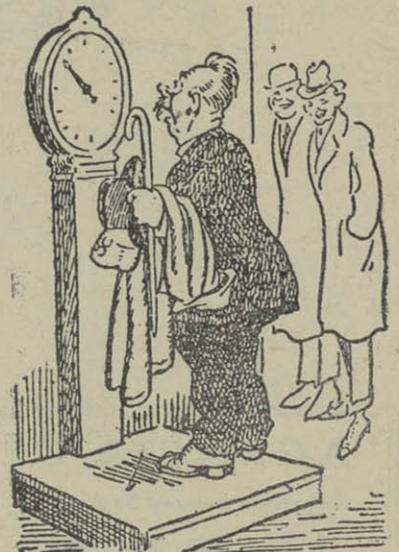
—¿Tú crees en Dios, niño,—le preguntó a uno.

—Yo, no, señor—contestó el chico.

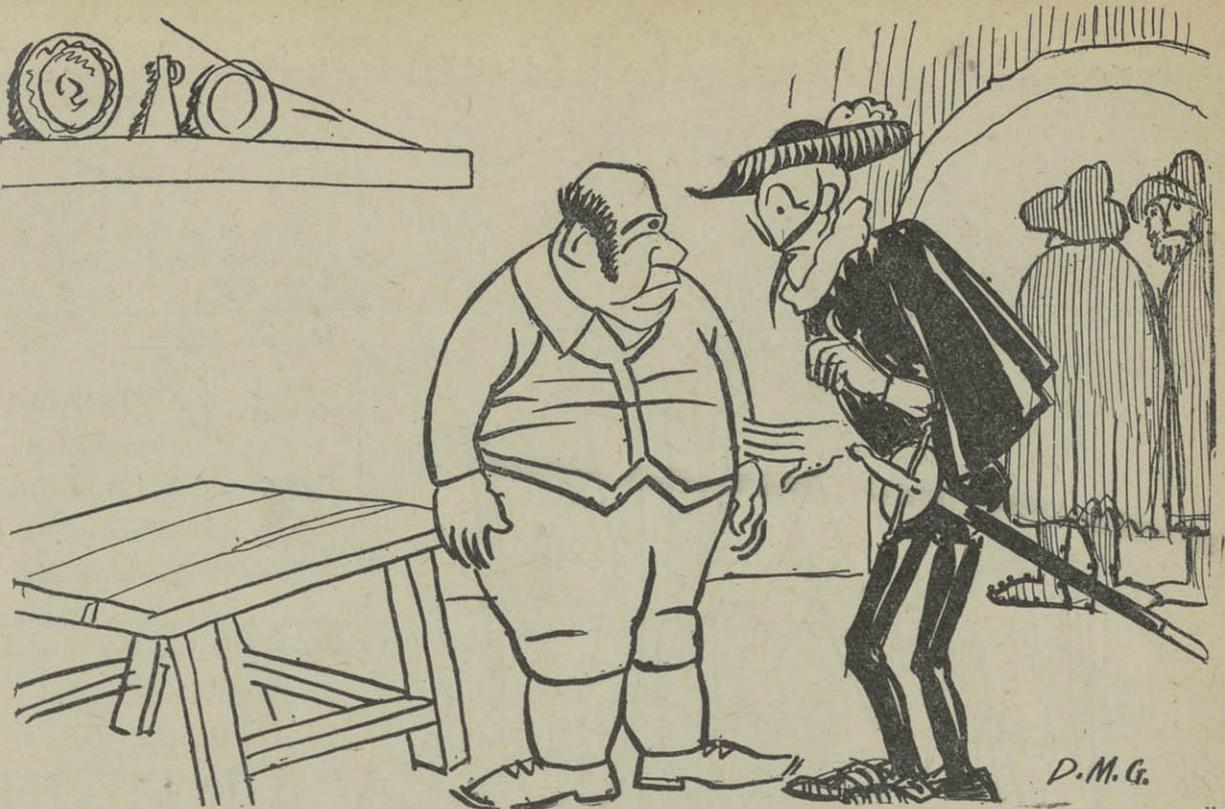
Espantóse el inspector y miró irritado al pobre maestro.

—¿Co nque no crees en Dios? —volvió a preguntarle por si había entendido mal.

—No, señor—insistió el chico—; quien cree en Dios Padre, es Angelito; yo sólo creo en Jesucristo, su único hijo...



—Ahora comprendo la diferencia. Es que antes me pesé con el gabán puesto.



El ventero.—Y sospecho de esos truhánes porque anoche les oí decir que querían asir de la cola a mi hermoso gallo.
 El cuadrillero.—¿Y creís que lo han asido?
 El ventero.—¿Y aún sospecho que lo han asado!

Dib. de D. M. G.

Dando la vuelta a España
 en amable compañía,
 un bravo militar y un buen galeno
 llegaron a Galicia,
 donde el clima es igual que una caricia
 y la sidra es la esencia de lo bueno.
 El bravo militar, que era gallego,
 con palabras de fuego
 ensalzaba el terruño en que naciera,
 en tanto que el galeno, un sevillano
 zumbón y campechano
 solía replicar de esta manera:
 —Míre usted, don Galindo;
 esto será muy lindo,
 y no voy a ser yo quien lo discuta,
 pero tengo observado
 —aunque el hecho no sea de su agrado—
 que la gente es muy bruta.
 —¿Como bruta?... ¿Qué dice usted, don Lino?
 ¿Quién le dijo tamaño desatino?
 —¡Es que se ve sin luces!
 Yo he podido observar que estos rapaces
 no son en sus respuestas tan vivaces
 como rápidos son los andaluces.
 —¿Vamos a hacer la apuesta,
 ya que nada nos cuesta?
 El médico propuso, algo zumbón.
 Y el bravo militar, muy mosqueado,
 le repuso: —¡Aceptado!
 ¡Vamos a ver quién tiene la razón!
 Cerca de allí, en un prado,
 guardaba su ganado
 un pequeño rapaz, que displicente
 les oía comiendo su borona;

Donde las dan...,

por

F. PRADO

y el médico, con risa socarrona,
 esta pregunta le hizo de repente:
 —Vamos a ver, rapaz; tú, ¿qué serías
 mejor, burro o caballo? ¡No te rías,
 que te pregunto en serio!

Mas el chico
 rióse nuevamente; miró al cielo,
 y lo más que hizo fué rascarse el pelo
 sin hacer intención de abrir el pico.

—¡Vamos, hombre, contesta presuroso!

Pero el chico, calmoso,
 no se atrevía a hacerlo,
 hasta que al fin, ya viéndose acosado,
 repuso algo azorado:

—¡Eh, señor, ¿para qué quiere saberlo?
 ¿Sólo por un capricho?

—¡Eso mismo que has dicho!

El muchacho miróle de soslayo
 y después muy meloso
 repuso sentencioso:

—Pos mejor fuera burro que caballo.

—Tú no estás en tu tino;

¿mejor que ser caballo, ser pollino
 cuando el burro trabaja brutalmente
 en tanto que el caballo, más mimado,
 no trabaja y se luce enjaezado?...
 ¿Tú sabes lo que dices?

—Ciertamente...

Ellu será verdad, nun lo discuto,
 mas, aunque soy muy bruto
 y es poco o casi na lo que discurre,
 yo, señor, observé, y estu es lo güenu,
 que un caballu en jamás llegó a galenu,
 y en cambio vi llegar a más de un burru...



El.—¿Se habla usted ya con su marido?

Ella.—¡De ninguna manera! Hay entre los dos una barrera.

El.—¿Y si la salta?

Dib. de Renee.

Chascarrillos

Los niños modernos.

Enrique, de doce años de edad, saca una petaca de cigarros y ofrece uno a su abuelo.

El abuelo le grita indignado:

—¡Jamás he fumado, caballere-te! ¡Sépalos usted!

—Oh, entonces abuelito no debes empezar a la edad que tienes.

Rodríguez entrando en el círculo:

—Nuestro amigo el coronel X ha alcanzado una nueva victoria... ¡Se acaba de morir su suegra!

Un señor pregunta a un niño:

—¿Cuántos años tienes?

—¡Cinco!

—¿Y el año pasado?

—¡Cuatro!

—Entonces tienes nueve porque

cinco y cuatro son nueve.

El niño se queda un momento perplejo y luego pregunta:

—¿Cuántas piernas tiene usted?

—Dos.

—¿Y el año pasado?

—Dos.

—Entonces es usted un burro porque tiene usted cuatro patas.

Núm.

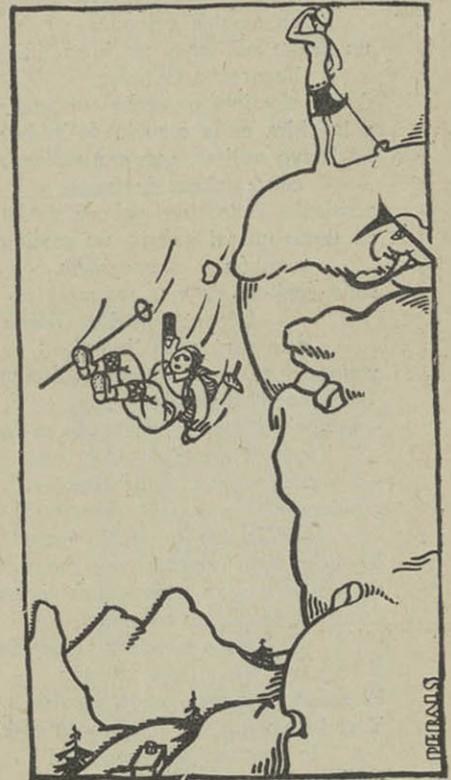
3

CUPON del
concurso de
VARIETÉ
«Para no pa-
gar al casero»

APARTADO DE
CORREOS DE

VARIETÉ

núm. 8.032



Ella (distráida).—Polito; pero, ¿no tomas la altura?

El.—¡Ya voy!

Dib. de Perals.

“ V A R I E T É ”

se vende en Buenos Aires por la importante casa Antonio Manzanera, de sólido crédito, como tiene mucho gusto en hacer público esta administración.

Antonio Manzanera

Independencia, 2

Buenos Aires



CINEMATÓGRAFO

Una escena de la pintoresca cinta de la Metro Goldwin, titulada: "Escorias".

Fot. Metro Goldwin.

Prepárense a comprar el
formidable Almanaque de

VARIETÉ



LA CRIADA DE LA LITERATA, por Ver.

- Señorita; ahí hay dos personas que preguntan por usted.
—¿De qué sexo?
—¡No me las dicho!

¡EN ESTE MES! LA BIBLIOTECA ASTRAKÁN publicará el

Almanaque de la Alegría

por Demetrio, Picó, Mihura, Díaz Antón, Moliné, etc., etc. Magníficas planas en color.

¡EN UNA PESETA RESULTA REGALADO!